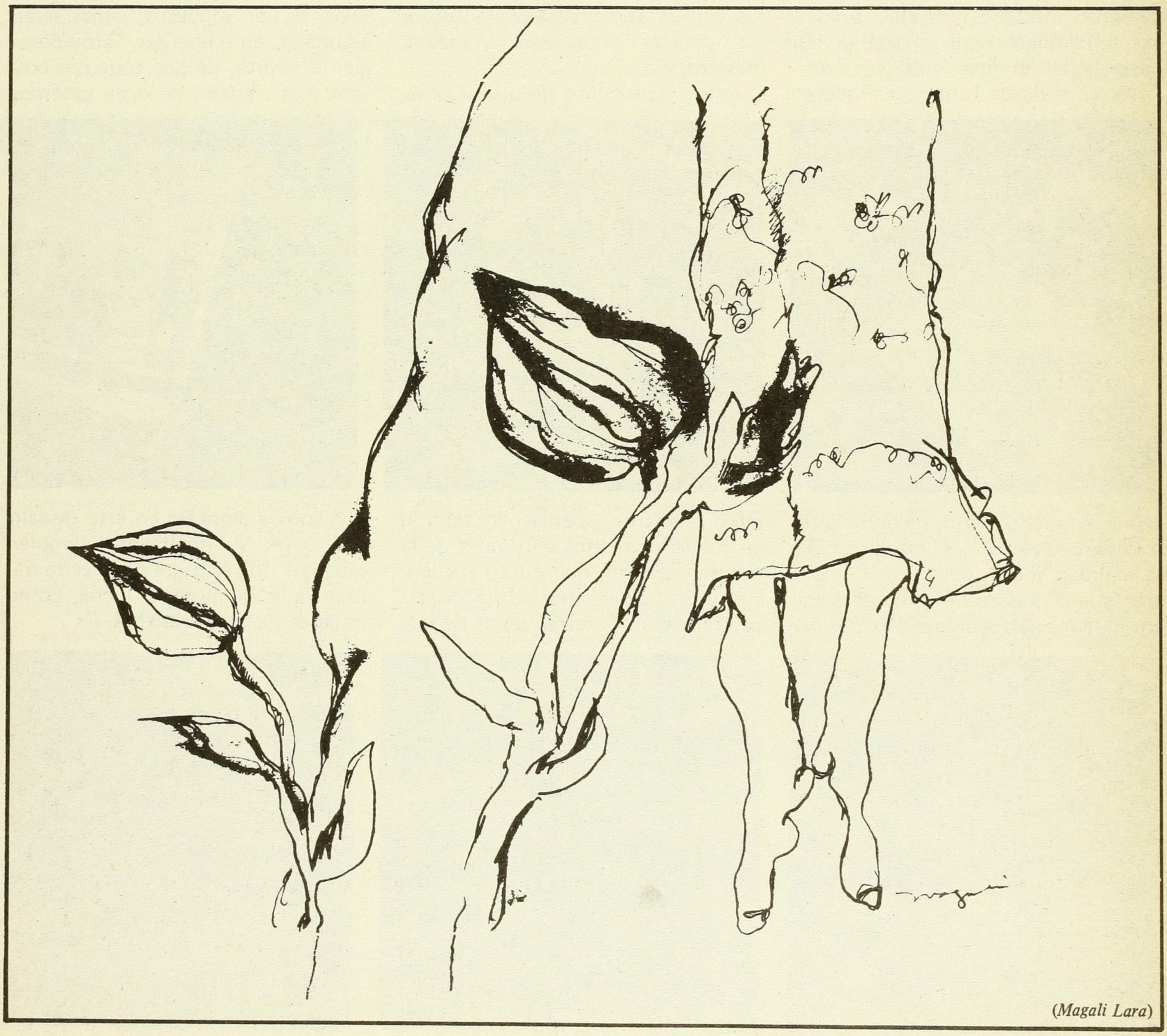
# Mitologías para una reflexión sobre la mujer

Tununa Mercado



(*Magali Lara*)

Bautizos, quinceañeras, bodas y divorcios son los tópicos que integran el título de la exposición de Magali Lara, Ana Checchi y Yani Pecanins, que se presentó en la Galería Pecanins a partir del 19 de agosto último. Los cuatro términos de esa designación aparentemente dan cuenta de estadios o etapas de la femineidad y, más en concreto, de la vida "normal" de cualquier mujer. Esa materia femenina está sujeta, pues, a ciertas transformaciones, es posible de ser modelada a voluntad por otros, de absorber modos sociales y culturales, de condensarlos y precipitarlos hasta convertirlos en modelos de una fuerza ideológica innegable y, al parecer, incontrovertible. Si así fuera, si esta pintura se dedicara a aislar la marca social impuesta de modo absoluto sobre la vida de las mujeres, estaríamos en presencia de una crítica más aparente que profunda: tres pintoras se reúnen para denunciar una situación, desenmascarar a un enemigo y quedarse muy tranquilas y cumplidas por haber derrumbado los consabidos mitos que esclavizan a la mujer (discurso feminista inmediato).

Pero en estos bautizos, fiestas de quince años, bodas y divorcios las cosas no suceden de ese modo. Ese mundo mitológico, controvertido, supuestamente enajenante es expuesto y rescatado, valorizado en su escándalo y en su ocultamiento. Magali, Ana y Yani se han destinado a una tarea arqueológica apasionante cuya complejidad reside en asir lo inasible, cercar lo difuso: decantar, filtrar, dejar pasar un fluido consistente o etéreo –según las imágenes que se elijan– que arrastra, en su trayecto, fragmentos de memorias, vivencias de la historia personal, decires, incluso, del inconsciente; un flujo –palabra de connotación femenina intensa– que tiene la capacidad de derramarse como lenguaje con categorías propias –aunque remotamente impuestas por los usos sociales–.

Guantes, moldes de costura, zapatos, bastidores de bordar, medias, puntillas, encajes, sombreros, sombrillas, trencillas, vestidos de novia, de bodas o de quinceaños, bobinas de hilo, dedales, alfileres, tijeras y toda la parafernalia de la aguja; pétalos y flores secas, espejos, fotografías, la lista de objetos que forman parte de la realidad femenina puede parecer previsible y estereotipada, pero no deja de agotar sus sentidos, hay siempre una nueva interpretación que endilgarle (riqueza de lo demasiado conocido y aceptado). Sofocante y hasta perverso, atesorado y melancólico, ese universo de cosas es, en sí, ciertamente, una narración "realista" y representativa; pero lo que allí se cuenta abstrae los referentes y se constituye, por un lado, en una concepción plástica, y, por el otro, en la expresión de una idea: hacerse plenamente cargo de las mitologías –ser propiamente el icono–, asumirlas y objetivarlas como condición necesaria para una reflexión.

En el terreno plástico, la búsqueda –de la identidad, de la infancia, del trauma– forja un tipo de composición hacia adentro, más allá de la superficie, en planos y volúmenes con valores específicos y con efectos diversos de textura (Yani Pecanins y Ana Checchi); hacia el costado derecho, en un despliegue en acordeón (truco de libro infantil) de carácter narrativo (los libros-cuadros de Magali Lara); en el plano; expuestos los hitos del "relato" –figuración de objetos muy significados, animizados y sentimentales y colores que también denotan sentimientos o pasiones –los cuadros

(*Yani Pecanins*)

en acrílico de Magali Lara; en cajas, también hacia adentro, con las figuras de la pareja siluetadas y con varios dobles mensajes, las obras de Ana Checchi; en fotografías, ilustrados mediante objetos diversos que son en sí mismos función, concepto e idea, los momentos de la vida de una mujer –real, pero idealizada– se vuelven fulgurantemente abstractos.

El conjunto es también expresión de lo que podríamos llamar una erótica femenina: superpuestos, en primeros, segundos o terceros planos; en los bordes, en las hendiduras y las saliencias; en objetos de impredecibles efectos libidinales, en tiempos antiguos y atmósferas de sueño, en rincones en los que se reconoce la singular soledad de la mujer, en la evocación de la madre y figuras aledañas, en la falta, en la pareja que falta, y a través de una serie de señales que se encienden en la conciencia del espectador y lo comprometen, unos fantasmas y unas fantasías demarcan, de manera muy sugerente, el territorio de una sexualidad propiamente femenina, cuyo ritmo moroso y soñador tendría que ser objeto de otras indagaciones.